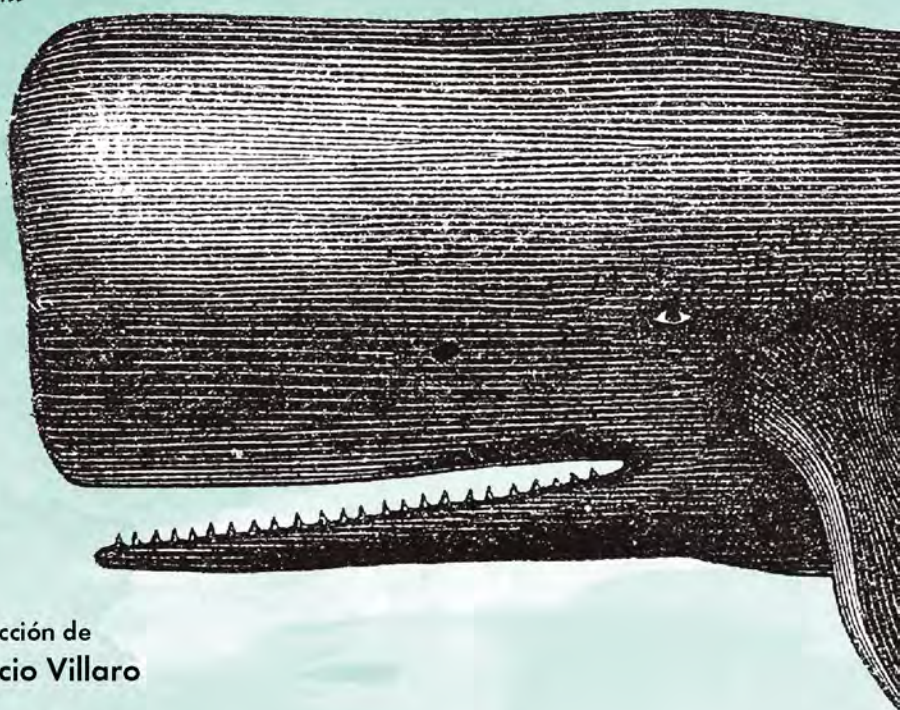


# Rumbo al Mar Blanco

## Malcolm Lowry

«Todo arde en este inédito  
extraordinario que, de algún  
modo, sortea la sucesión de  
naufragios que contiene.»

*Le Point*



Traducción de  
Ignacio Villaro

# RUMBO AL MAR BLANCO

MALCOLM LOWRY

RUMBO  
AL MAR BLANCO

TRADUCCIÓN DE IGNACIO VILLARO

**MALPASO**

BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES NUEVA YORK



## NOTA EDITORIAL

A principios de los años cuarenta, tras una vida errante, azarosa y a veces grotesca, Malcolm Lowry se instaló en una cabaña de la Columbia Británica con su segunda mujer, la exactriz norteamericana Margerie Bonner. Fue una época de relativa calma entre las turbulencias mexicanas y el periplo autodestructivo que lo llevaría de vuelta a Inglaterra y más tarde a la tumba. La vivienda era espartana y los recursos escasos, pero allí, frente al oleaje del Pacífico, el escritor trabajó y bebió sin descanso. Allí logró convertir sus muchos demonios en la ficción endiablada que lo subió a los altares literarios del siglo xx.

Un incendio destruyó la guarida el 7 de junio de 1944. Mientras su marido pedía ayuda a los vecinos, Margerie se adentró heroicamente entre las llamas y logró rescatar el manuscrito de *Bajo el volcán*. Lowry se arrojó después a la hoguera en un intento desesperado de salvar una novela que lo ocupaba de forma intermitente desde 1931. Según cuenta su biógrafo Gordon Bowker, tuvieron que arrastrarlo hasta el exterior cuando una viga le cayó sobre la espalda. De las mil hojas que acumulaba aquella obra en marcha solo quedaron unos poco papeles chamuscados: *In Ballast to the White Sea*\* era un montón de ceniza. Yvonne, síntesis casi alegórica de las dos mujeres que más padecieron el amor, el odio y las homéricas borracheras del novelista, evoca el dramático episodio en el capítulo XI de *Bajo el volcán*: «Su libro ardía, las páginas ardían, ardían, ardían, levantábanse del fuego en torbellinos y esparcíanse incandescentes a lo largo de la playa».\*\*

\* Literalmente «en lastre hacia el Mar Blanco». Se dice que un barco navega en lastre cuando no transporta mercancías y solo lleva el material necesario (bolsas de arena, por ejemplo) para mantener la estabilidad.

\*\* Traducción de Raúl Ortiz y Ortiz (Era, México, 1964).

La pérdida del texto fue una de las heridas que atormentaron a Lowry hasta su muerte. En numerosas cartas aludiría a la gran empresa malograda, al dolor de un proyecto fatalmente devorado por el fuego o, tal vez, por su ingrato destino. Incluso en mayo de 1957, un mes antes del sórdido final, le escribió al poeta canadiense Ralph Gustafson para lamentar la amputación de una trilogía análoga a la *Divina Comedia* en su estructura ascendente: un largo viaje desde el infierno volcánico hasta el paraíso del Mar Blanco.\* Esa trilogía, de hecho, llevaba por nombre *El viaje interminable*, pero el dante dipsómano solo pudo volver la vista a un cielo desvanecido.

¿Totalmente desvanecido? ¿Humo y pavesas? La realidad, como suele ocurrir con el protagonista de esta nota, es algo más sinuosa (por no decir rocambolesca). En 1936, poco antes de partir hacia México con su primera esposa, Jan Gabriel (a quien, por cierto, había conocido en Granada), Lowry depositó una copia de *Mar Blanco* en la casa neoyorquina de su suegra. Allí durmió el papel carbón durante cuatro décadas sin que nadie osara turbar su inexplicable reposo. Tras el fallecimiento de Margerie en 1988, Jan sacó la novela del armario y preparó una transcripción mecanográfica donde introdujo algunos cambios poco significativos para el lector y quizá necesarios para ella. Esa es la versión que llegó a los archivos de la New York Public Library y que, debidamente revisada, sirve de base a este volumen. Todo indica que las disputas de las dos viudas por el legado de un autor ya mítico contribuyeron a sostener la fábula de la obra maestra irremediabilmente perdida.

¿Eran sinceras sus quejas epistolares? ¿Olvidó Malcolm Lowry la existencia de la copia alojada en Nueva York? Aunque no es imposible que así fuera, muchos lo consideran improbable: un olvido de esa magnitud rozaría el territorio de la amnesia. Tal

\* Según parece, el purgatorio correspondería a su paso por el *Bellevue Psychiatric Hospital* de Nueva York en 1936, experiencia que inspiró el relato inacabado *Lunar Caustic* (publicado por Margerie en 1963). Se ha traducido al castellano con el título de *Piedra infernal* (Tusquets, Barcelona, 2009).

vez decidió no recordar un hecho que lo ponía en la ardua tesitura de enmendar su suerte. Tal vez entendió que su suerte no tenía enmienda. Lo cierto es que tras el incendio de 1944 nunca intentó reconstruir una novela que fue idealizando (o sublimando) con el paso del tiempo hasta elevarla a la categoría de leyenda y emblema de sus variadas desdichas. Parece verosímil que, abrumado por la perspectiva de una tarea descomunal, prefiriese incorporar esa pérdida a la épica de sus heridas y frustraciones.

La importancia de *Mar Blanco* para su autor es a todas luces incuestionable, tanto como su singularidad en la historia literaria del siglo xx y, desde luego, en la historia universal de las obras póstumas. Se trata, sí, de una narración en busca de desenlace, pero su extraordinario valor ya fue apreciado por quienes tuvieron la oportunidad de examinarla en alguna de sus fases. El poeta Conrad Aiken, mentor y rival de Lowry, escribió esto durante una visita a Cuernavaca en mayo de 1937: «Estoy leyendo la novela de Malcolm [...]; es extraña, profunda, laberíntica, increíblemente jugosa. ¡Dios, vaya genio! ¡Qué maravilla! [...] ¡Qué delicia sumergirse en su extraordinaria belleza, en la densidad táctil de su prosa!». La presente edición coincide en lo fundamental con el texto leído entonces por Aiken.

El interminable viaje de Malcolm Lowry concluyó en la campaña inglesa el 26 de junio de 1957 gracias a un formidable cóctel de alcohol y barbitúricos aún hoy oscurecido por la sospecha (algunos opinan que Margerie no fue ajena al accidente). Ahora, sesenta años después, el cielo de su humanísima comedia ve por fin la luz en castellano.

...ed through a fire  
...o a clearing, then he lo  
...atched the Unegard, sniffin  
...wood, the wood of good trees,  
...warmth and goodness of fire. Fear  
...t her, his own purpose would be  
...away from it he would see it, a  
...as moulded, as iron; he would  
...now he had hours, hours more  
...ever still



RUMBO AL MAR BLANCO

*A Jan Gabriel*

Quizá siempre desandemos con nocturnidad el trecho que fatigosamente hemos ganado bajo el sol del verano.

RILKE

Los dos universitarios contemplaban la vieja ciudad inglesa desde lo alto de Castle Hill. Subidos al montículo de hierba que hay frente a la prisión, hasta los tejados más altos de Cambridge quedaban a sus pies; las calles presentaban un aspecto impoluto y desértico a la luz vespertina del invierno mientras una neblina solar se derramaba en cascadas hasta la lejanía entre muros, torres y terrazas. Desde la estación, que nunca reposaba, un viento bronco les llevaba el fragor de las locomotoras cuando estas arrancaban para cambiar de vía los somnolientos vagones; de cuando en cuando, sin embargo, cesaba el estrépito ferroviario dando paso a las voces de los remeros en el río o al cañonazo del tráfico, que subía de volumen con la misma presteza con que los otros ruidos se apagaban. A oídos de los hermanos llegaban los gritos de ánimo de un partido de fútbol o el súbito bullicio de las zanfoñas en la explanada de la feria: pero estos cúmulos de sonidos, cada uno un hola y un adiós procedente de su propia objetividad, se desvanecían casi al tomar cuerpo, como el gruñido de los aviones que velozmente se disipa hasta convertirse en un suspiro dentro del vendaval.

De pie junto al poste que señalaba el lugar del último ahorcamiento en el montículo, con el pelo clarísimo al aire, tenían los ojos brillantes por el sol y el viento aunque la desesperación les pisara los talones, y como dos náufragos en una balsa se los protegían contra alguna esperanza que se esfumaba ante un mundo plano, mientras a su alrededor rompía el oleaje y los ro-

ciaba no de mar, sino de polvo y paja. Para Sigbjørn, el más joven, el sollozo del viento en torno a la prisión sonaba igual que el viento en las jarcias de un barco; le parecía escuchar en el aire los hilos telegráficos repitiendo el lamento fúnebre de la antena de radio en la Bahía de Bengala,<sup>1</sup> y el golpeteo de algún postigo flojo bien habría podido ser el crujido de las tracas de un barco que se bamboleara en una fuerte marejada; pero, si bien volvía a sentir esa particular angustia del mar, él, que había sido marino, detectaba también dentro de sí, por primera vez en varias semanas ahora que Tor había vuelto de una breve estancia en Londres, el cisma que los separaba y, con cierto narcisismo, el ir y venir de la marea de los muy diversos sentimientos del otro.

Y es que entre estos dos hermanos había una marcada disparidad alquímica. De hecho, desde el accidente que habían sufrido durante su infancia en Noruega nunca se habían sentido tan próximos en espíritu como ahora. Hacía solo seis semanas que el *Thorstein*, uno de los barcos de su padre, se había hundido frente a las costas de Montserrat<sup>2</sup> con gran pérdida de vidas humanas. Desde aquel momento, durante el transcurso de la investigación y el consiguiente oprobio público, habían sido inseparables pese a sus diferencias previas. Se unieron en mutua defensa. Se firmó un armisticio que puso fin a las hostilidades espirituales entre ellos. Admitieron de una vez aquello que hasta entonces habían objetado en vano, juntos o enfrentados: la íntima soledad de un entorno al que ninguna familiaridad con los demás estudiantes, con la lengua inglesa, con la llana campiña (a la que sus corazones, habituados a las cordilleras y torrentes de Noruega, habían tenido que plegarse), con la vida o con el clima lograba restar ni un ápice de su carácter permanentemente ajeno. Sin embargo, esta cualidad común a ambos

<sup>1</sup> Lowry afirmaba que su abuelo materno, capitán de la marina noruega, había muerto heroicamente en la Bahía de Bengala cuando pidió a una cañonera inglesa que hundiera su propio barco porque entre la tripulación se había propagado el cólera.

<sup>2</sup> Una de las Islas de Barlovento en las Pequeñas Antillas.

y que los separaba del grueso de los estudiantes no era algo inherente a su condición de extranjeros. Surgía más bien de una incapacidad para tomar contacto de primera mano con la vida, por más que esa conexión fuera su deseo máspreciado: era más bien que a cada uno la existencia del otro le había desplazado un puesto respecto a la vida, como si el cuerpo de cada hermano estuviera atravesado en la abertura de la caverna del yo en la que el otro se hallaba preso, obstruyendo el paso de la luz y, sí, de la existencia misma.

Cada trimestre, el tren que los llevaba de Liverpool a Cambridge recogía a más estudiantes por el camino. Había largas esperas en el andén. Y sus dos blancas cabezas descubiertas, en medio de los cabellos castaños claros de los ingleses que esperaban junto a ellos, podrían resultar vistas desde fuera tan extravagantes como un par de gorriones blancos aguardando entre sus pardos congéneres la señal de la migración estival. Ese año habían permanecido de pie en el pasillo entre Lincoln y Ely, demasiado tímidos para sentarse, aunque en su común aflicción se les antojaba un descanso. Y así habían aguantado juntos todo el curso, descuidando su trabajo: en días alternos, cada uno recorría los tres kilómetros que separaban sus habitaciones; toda su pasada indignación con el otro se fundía en esta fidelidad, triste pero cálida. Pero ahora, como el mar tira del alma misma de los barcos hermanos atracados en el puerto, o como la luna atrae las desconsoladas mareas gemelas del día desde la orilla hacia sí, un magnetismo dual parecía arrastrar a estos hermanos hacia polos separados de su destino oceánico.

O bien era como si cada uno debiera hacer frente al mundo por separado de nuevo, con la sangre fría de un niño que da sus primeros pasos solo. ¿Quién sabe quién le protege? ¿Qué peligros acechan a esa cabeza rubia en esos primeros pasos temblorosos?

—Sabe Dios —le confió Tor— que aún hay algo que me da miedo; ya sabes lo que decía Dostoievski: algo que no concibo, que no existe, pero que se alza ante mí como un hecho horrible, grotesco, irrefutable.

—Quizá sea el diluvio, ¿quién sabe? —dijo Sigbjørn, y se rio por primera vez en todo el curso—. O Dante. ¡El trabajo ese de italiano!

En aquel momento, un objeto engendrado (Sigbjørn no pudo evitar después la sospecha) por una maldad perversa, perversa no tanto por lo que no divulgaba como por lo que sí, y que entonces reconoció como un periódico, se había desprendido de un seto situado algo más abajo y volaba hacia ellos. Tor lo interceptó distraídamente con su bastón y el pie, y se inclinó a mirar las embarradas columnas. Sigbjørn, junto a él, leyó por encima de su hombro.

ERUPCIÓN DEL MONTE ARARAT.<sup>3</sup> MILES DE PERSONAS HUYEN PRESAS DEL PÁNICO.

Entonces, como liberados a la vez de la tensión y la vergüenza de las últimas semanas, los dos jóvenes prorrumpieron en una risa convulsa y, mientras reían, a Sigbjørn le vino a la cabeza la imagen de dos barcos que, tras haber soltado las amarras del muelle, encontraban súbitamente bloqueado su paso para salir por la dársena.

—Así que ahora ya no quedará ningún sitio al que ir.

—A no ser que Dante esté totalmente equivocado.

—¡Nos podemos fiar del viejo canalla!

—Pero el «Infierno» es un juego de niños comparado con lo que tienen que pasar los estudiantes en los *trijos*<sup>4</sup> de inglés...

—Sí, Tor, ¿adónde iremos ahora en esa arca tuya que siempre hablas de construir?

—Lo único que voy a tener en común ahora con Noé es que a lo mejor me emborracho.<sup>5</sup> Pero, no, en serio, no es solo eso; no es solo el miedo al examen...

<sup>3</sup> Monte donde quedó varada el arca de Noé al retirarse las aguas del Diluvio.

<sup>4</sup> Exámenes de licenciatura en Cambridge; así llamados, según parece, porque en otro tiempo los alumnos debían leer sus trabajos sentados en un taburete de tres patas.

<sup>5</sup> Noé celebró la nueva alianza con Dios plantando una viña. Más tarde se emborrachó con su vino y maldijo a su hijo Cam por haberlo visto ebrio y desnudo.

Sigbjørn miró el poste plantado en medio del antiguo patíbulo. Y por un momento tuvo la sensación de pesadilla de que el cerro donde estaban era en realidad el mismísimo monte Ararat. ¿Para qué hacer ningún viaje? Pero si eso fuera cierto, si podía darse crédito al periódico, aquel era un lugar peligroso. ¿Acaso no había entrado en erupción sin que ellos se enteraran? Exclamó:

— ¡Piensa en otra cosa, en el último hombre que ahorcaron sobre este cerro, piensa en lo que debió de sufrir! ¡Hace veintidós años! Casi cuando nacimos — continuó Sigbjørn —, pero hay sitios aún más tristes que este.

Tor, sin embargo, seguía dándole vueltas a su chiste sobre el monte Ararat.

— El andén de la estación, por ejemplo, es un sitio más triste que este — insistió Sigbjørn al llegar de allí un rugido que se fue con la misma rapidez con que había venido.

— Sí, el andén de la estación — contestó al fin Tor —. El lugar de tantas separaciones. De niño solía imaginar que se le partía el corazón de la pena — añadió, y siguió riéndose, pues ¿no eran libres ya, tras haber cumplido su penitencia, de volver a reír?

Echó otra mirada al periódico atrapado bajo su pie.

— Y cualquier muelle, Tor. Ese humo tan evanescente, tan parecido a la pena, al amor, a un sueño del mar. Ay, Dios, ojalá que... Pero ¡mira esto! El camino debía de parecerle tan fácil y derecho como ahora... ¿no crees?

— ¿Qué camino? — Tor se desternillaba —. ¿A quién? ¿Qué quieres decir?

— A él, por supuesto. — Sigbjørn miró el poste y añadió con impaciencia —: A aquel último ahorcado, naturalmente. ¿No parece facilísimo? Como si pudieras caminar hasta el Polo Norte en un día como hoy. Parece tan sencillo, tan lleno de paz... hasta tiene una especie de ambiente marino. ¿No ves los prados al fondo? Es como la calma que anuncia la tormenta en la línea del Ecuador...

— El monte Ararat. — Tor se encogió de hombros —. Lo siento, no se me va de la cabeza. Es lo más gracioso que he oído en mi vida.

Y se echó a reír otra vez, agachándose sobre el periódico arrugado. Sigbjørn señaló hacia el mar, más allá de las marismas.

—Mi alma gira como la aguja de la brújula, hacia el Polo.

—Falta de otra cosa, tener alma es de buena educación —dijo Tor, recayendo, como a veces le ocurría, en el inglés chapurreado de su juventud.

Sigbjørn seguía señalando a lo lejos, buscando el mar con los ojos más allá del mundo plano, plano como el mar gris que a mediodía hace soñar con los prados de su tierra al marinero relevado de la vigía. Ahora que su corazón se había remansado, podía volver a pensar en la sucesión de guardias, las interminables conversaciones concéntricas que reflejaban en un torrente de palabras su propia confusión, el deslomarse paleando carbón, el bamboleo y los bandazos del barco en el verde del océano y cuya sensación inmediata le había hecho vibrar en un éxtasis insoportable; pero esta embriaguez le estaba abandonando a la misma velocidad con la que a su alrededor el reflujó de una marea de sonidos era desplazado por el flujo de otra; y en cuanto comprendió cuál era su causa precisa, desapareció por completo. ¿Cómo romper el círculo del yo cuando planea la sombra del desastre? Supo que esa era la idea que habitaba en el corazón de ambos: cómo romper con el cerro donde estaban, romper el círculo cobarde y maldito del que ninguno de los dos había conseguido emerger.

Abajo, el farolero, a plena luz del día como Diógenes,<sup>6</sup> encendía las farolas con su larga garrocha para hacer frente a la oscuridad que se avecinaba; pero ¿quién podía afirmar con certeza que se curvaría hacia ellos esa noche? Una ráfaga repentina agitó violentamente el pelo de la hierba;<sup>7</sup> las sombras desfilaban ante

<sup>6</sup> Alusión a Diógenes de Sinope, pintoresco filósofo cínico que, según cuentan, paseaba un día por las calles de Atenas llevando un candil encendido. «Busco a un hombre honrado y no lo encuentro», decía para explicar su extraña conducta. Platón lo llamaba «Sócrates delirante».

<sup>7</sup> La imagen (*the hair of the grass*) parece remitir al poema de T.S. Eliot «Rhapsody on a Windy Night».



el sol y barrían el montículo en el que se encontraban: una de ellas, dolorosa, se demoró un momento, envolviéndolos como si fueran sus víctimas, y luego siguió galopando hacia el oeste.

—La oscuridad empieza a mediodía<sup>8</sup> —fue el lacónico comentario de Tor entre risas.

—Como dicen los chinos. ¿O no son los chinos?

—Siempre hablas del mar —dijo Tor, recuperando al fin, temporalmente, la compostura—. Envidio tu sufrimiento. Por mucho que lo quieras negar, esa fue tu universidad. Venir aquí no te hacía ninguna falta.

Abajo dobló la campana de un reloj, cuatro o cinco veces; *doom, doom*,<sup>9</sup> resonaban las campanadas propagándose como ondas sinusoidales que hacían inaudibles las impares. Más allá del reloj, destacaba sobre las nubes que viajaban presurosas la robusta torre de una iglesia caída en vertical, como si fuera el brazo alzado de Caín que se abatía a diario en alguna parte del mundo.

—Pero Erikson<sup>10</sup> me arrebató el mar.

—Lo que dices hoy lo proclamarán mañana desde las azoteas<sup>11</sup> de todos modos; no puedes evitarlo. Ni siquiera Erikson pudo. Sin embargo, sacaste algo de esa experiencia, algo inmensamente valioso para ti, algo que yo necesitaba más que tú, y algo a lo que no diste ningún uso. Y ahora es demasiado tarde para mí.

—Hablas como si fueras un anciano. Todavía eres joven.

<sup>8</sup> Sentencia extraída del *I Ching*: «El declive del sol comienza a mediodía, la luna empieza a menguar cuando está llena».

<sup>9</sup> Aunque de sonoridad onomatopéyica, la palabra *doom* significa «fatalidad, «muerte» o «condena». Lowry hace «hablar» a la campana, un recurso que utiliza reiteradamente a lo largo de la novela.

<sup>10</sup> Trasunto de Nordahl Grieg (1902-1943), escritor noruego próximo a los comunistas cuya novela de tema marinerero *Skibet gaar videre* (*And the Ship Sails On*, en inglés) tuvo una gran influencia en Lowry, según él mismo reconoció, hasta el punto de afirmar que su *Ultramarina* era en buena medida un plagio de aquella.

<sup>11</sup> Alusión a Mateo, 10:27.

—¿No has leído aquello del anciano de veintiún años que alcanzó la mayoría de edad en la muerte?<sup>12</sup>

—Además, me parece que si alguien puede quejarse soy yo. Si hubieras pasado, como yo, por la experiencia de escribir un libro para descubrir luego que ya lo había escrito otro, y mejor que tú, entonces tendrías motivos para el fatalismo.

Y justo cuando empezaba a aligerarse la carga del desastre del *Thorstein* sobre sus hombros, la sustituía el antiguo y aplastante peso de este descubrimiento. Porque, en esto, la incapacidad de Sigbjørn para conectar le había hecho el más flaco de los servicios. Ocho meses como mozo carbonero<sup>13</sup> de un buque de carga antes de entrar en la universidad, por mucho que le hubiera podido quemar, por mucho que pudiera haber sido (que por fuerza fuera) más revelador del orden social de lo que pueda expresarse con palabras, no le habían servido al parecer más que para convencerle de lo que ya sabía y todo el mundo sabe: que la vida era tan profunda e infinitamente terrible y misteriosa como el mar. Y cuando volvió, lleno de quemaduras, delgado, endurecido e insomne como estaba al principio, fue únicamente para descubrir que su hermano Tor, quedándose en casa, había alcanzado una mayor madurez que él. Y con la tensión de la absoluta incapacidad para comunicar su experiencia y, en consecuencia, de la necesidad cada vez más imperiosa de mentir al respecto, no tardó en caérsele la máscara de su aventura y se descubrió un rostro de rasgos más suaves aún que antes. Lo que le había impulsado a plasmar su experiencia en un libro no era que fuese un escritor nato, sino que se sintió obligado a conectar, a comunicarse de algún modo, aunque el intento estuviera abocado al fracaso. Esa era la salida. De lo contrario, nadie,

<sup>12</sup> Alusión a *Las encantadas*, de Herman Melville. En uno sus relatos, un teniente de la marina estadounidense muere en duelo a los veintiún años, «alcanzando la mayoría de edad en la muerte».

<sup>13</sup> Los mozos carboneros debían desmenuzar el carbón, pasárselo a los fogoneros, pallear la ceniza y tirarla por la borda. Además comían y dormían aparte. El suyo era el trabajo más sucio y peor pagado.

quizá ni él mismo, conocería jamás los sufrimientos que había soportado (y vaya si había tenido que sufrir) ni se haría la menor idea de aquellos de los que había sido testigo. Porque, de hecho, había encontrado en sí mismo motivos similares a los que habían disuadido a Tor de acompañarlo cuando se presentó la ocasión en su propia reticencia a consagrarse por completo a los trabajadores. Un libro habría sido el medio para tender un puente. Pero la inviabilidad de esa salida al atoladero se le había revelado con toda crueldad. Descubrir que tu libro ya lo ha escrito mejor otra persona es una experiencia siniestra incluso para quien carece de talento.

—El fatalismo me embarga sin necesidad de tanto —contestó Tor—. Nunca he escrito un libro ni lo escribiré. Ni quiero. Y tu experiencia no es más que una iteración interesante de un proceso eterno. Pero deberías ponerte en contacto con Erikson de igual manera.

—Había pensado en enrolarme en un mercante noruego estas vacaciones y convertir *Skibets reise fra Kristiania*<sup>14</sup> en una obra de teatro durante mis guardias. Pero ¿me puedes explicar por qué siempre que pienso en Noruega, pienso a la vez en Rusia?

—¿No será acaso que para nosotros Rusia es el futuro y Noruega, el pasado?

—¿El futuro? ¿Los próximos mil años ubicados bajo el signo de la cristiandad de Dostoievski?<sup>15</sup>

—Eso es una sandez spengleriana<sup>16</sup> de la peor especie. Bajo el signo de Rusia tal vez, pero el de Dostoievski...

Sus miradas volvieron a perderse más allá de las marismas y los prados, de las renegridas gavillas de maíz, la triste cosecha

<sup>14</sup> «El viaje del barco desde Cristianía»; Cristianía es el antiguo nombre de la actual Oslo.

<sup>15</sup> En la década de 1930, antes de que se conocieran las atrocidades de Stalin, muchos intelectuales salidos de Cambridge apoyaban a la Unión Soviética. «Los próximos mil años», sin embargo, aluden a la retórica del Tercer Reich.

<sup>16</sup> Por Oswald Spengler (1880-1936), cuya obra *La decadencia de Occidente* describe la evolución cíclica de las sociedades desde la juventud a la decadencia. Europa se hallaría, según él, agonizando.

de aquel año, en la distancia en que el río Cam culebreaba entre los álamos y sauces que crecían en los pantanales.

— ¡El pasado! ¿Recuerdas nuestras vías subterráneas, Tor, nuestro Holmenkollen,<sup>17</sup> allá en casa, en Noruega? ¿Qué supones que andábamos buscando en el hueco de aquel viejo pozo de ventilación?

— La piedra filosofal, quizá. O la cuadratura del círculo.

— El absoluto.

— Lo que siempre me ha admirado, en cualquier caso, es que saliéramos con vida cuando se derrumbó.

¡Noruega! Cambridge, las marismas y más allá, en el corazón, el mundo con su millón de barcos y sus chimeneas gigantes parecía alejarse más y más; la gente, los árboles, las aguas y un centenar de distracciones de la memoria simulaban desvanecerse al evocar ese origen único de los dos. ¡Tenían que volver! Pero en aquel instante a Sigbjørn se le apareció en la mente la ciudad de Arcángel,<sup>18</sup> chata y sombría, con kilómetros de maderos apilados a lo largo de los muelles.

— ¿Vendrías de vuelta a Noruega, Tor?

— ¿Por qué habría de volver? ¿Por qué vuelves o vas a cualquier sitio más que para regresar a casa otra vez?

Sigbjørn no dijo nada.

Ahora los remeros volvían de Chesterton, el río transitaba a través de la ciudad; y mientras una solitaria gaviota sin tierra<sup>19</sup> se alejaba sobre las marismas, él sintió el poder del agua al fluir a través del espíritu de todas esas cosas, del agua buscando el mar en todas partes, como dicen que el alma busca a Brahma.

El sol siguió girando ante ellos un rato más como mil aros en llamas. Luego empezó a declinar y su fiera luz se suavizó; el día

<sup>17</sup> Hollmenkollen es un distrito situado al oeste de Oslo. Dio nombre a la primera línea férrea de Noruega, subterránea en algún tramo.

<sup>18</sup> El mayor puerto del Mar Blanco, en la desembocadura del río Dviná, en Rusia. Es el puerto más septentrional que permanece todo el año libre de hielo gracias a la Corriente del Golfo.

<sup>19</sup> La imagen aparece en el capítulo XIV de *Moby Dick*.

se fue acortando sobre la llanura con sus mansas olas de tierra, las menudas dunas que eran el sello del mar y los pequeños lagos, ojos del mar,<sup>20</sup> y sobre el agua que circulaba invisible por allí, hilvanándolo todo con un hilo gris: los bosques, las aldeas y la tierra, roturada y parda a su vez como el agua revuelta por las paletas de un vapor.

Con la última luz, Sigbjørn señaló:

—Fíjate, Tor, lo recto y despejado que debía de parecer el camino. ¿Crees que aquel último ahorcado vio extenderse la senda ante sus ojos, que aunque sabía que su cuerpo pronto estaría columpiándose en el aire...?

—... su alma seguiría su marcha —remató Tor entre risas.

—Sí, su alma seguiría, arrastrándose, en cuclillas, doblada por sus caminatas interminables como el judío errante...<sup>21</sup>

—Puede que, como al ahorcado del tarot, le colgaran boca abajo. Un castigo de antaño. Vio la verdad.<sup>22</sup>

—O quizá se vio a sí mismo.

—El asesino cantante<sup>23</sup> conservó la alegría hasta el final —dijo Tor—, es un hecho. Ayer mismo lo leí en un periódico norteamericano en Londres. ¿Sabes? ¡De irme a algún sitio, sería a América!

—Pero ¿qué es eso del asesino cantante?

Tor se pasó la mano por el pelo.

<sup>20</sup> La imagen aparece en el poema de Rimbaud «El barco ebrio».

<sup>21</sup> Según una leyenda medieval, individuo condenado a vagar por el mundo hasta el fin de los tiempos por haber impedido que Jesús descansara en la puerta de su casa cuando el mesías arrastraba la cruz camino del Calvario.

<sup>22</sup> Un tratado de Ouspenski de 1913 sobre el simbolismo del tarot describe la carta XII como «un hombre que sufre horriblemente, colgado de una pierna, cabeza abajo... Un hombre que ha visto la verdad... En su propia alma aparece el patíbulo del que cuelga».

<sup>23</sup> Louis Kenneth Neu, ahorcado por asesinato en Nueva Orleans el 1 de febrero de 1935. Neu quería ser cantante. Cantaba en su celda, donde compuso una canción fúnebre que entonó mientras le ajustaban la soga al cuello: *I'm fit as a fiddle and ready to hang* («Estoy como una rosa y listo para colgar»). Sus últimas palabras fueron: «No me despeinéis».

—Impecablemente vestido, cabello negro y reluciente, meticoloso en sus preparativos para la muerte, etcétera.

—¡No seas tan necio!

—Sin dejar de cantar, y luego de rezar, estuvo atento a los detalles hasta que cayó por el hueco de la trampilla; y en el momento de pisarla...

—Anda, vamos, tendríamos que ir tirando —dijo Sigbjørn, impaciente.

—Y en el momento de pisarla... —prosiguió Tor, y ejecutó un pequeño baile— la probó con media docena de leves pasos de claqué.

Tor bailaba con ademán grave una especie de danza de la muerte sobre el montículo, girando lentamente, levantando con los pies nubecillas de polvo.

—El zapateado de la muerte —sentenció.

Dejó de bailar y liberó con el bastón el periódico atrapado en el poste, que se alejó flotando. Como un alma perdida, el pobre papel revoloteó indeciso en el aire durante unos instantes antes de perderse por la fría orilla de las casas.

Sigbjørn se arrebujó la toga, pero aún se demoraron un momento, esperando como el grumete en lo alto del mástil a que se pusiera el sol.

—Desde que se hundió el *Thorstein* —dijo Sigbjørn— tengo unas pesadillas horribles. Soñé que ahorcaban a un tipo en la nieve; al verdugo le temblaban los dedos, el capuchón salía volando y se alejaba por la nieve, y él salía trastabillando detrás.

—Como un hombre en busca de su alma —dijo Tor, y se puso su toga negra.<sup>24</sup>

—Y otra noche soñé con las hermanas de Le Mans.<sup>25</sup> A una la ahorcaban de un manzano; tenía las extremidades partidas, y al árbol se le partían las ramas.

<sup>24</sup> Los estudiantes estaban obligados a vestir la toga en la ciudad después de la puesta de sol. Aquí, la toga negra evoca además la indumentaria del verdugo.

<sup>25</sup> Christine y Lea Papin, sirvientas francesas condenadas en 1933 por asesinar a la mujer y a la hija de su amo. Las dos hermanas inspirarían la obra *Las criadas* de Jean Genet.

—Y luego está Pink, el poeta —dijo Tor—. «Estoy todo lo muerto que llegaré a estar», le dijo al doctor Styx mientras él le descolgaba de la viga.<sup>26</sup>

—Y el asesino que dijo un lunes mientras le conducían al patíbulo: «La semana empieza bien».<sup>27</sup>

Ya era de noche. Rompieron a reír; ¿de dónde salía todo aquello? Tor empezó a andar ladera abajo, riéndose aún, hundiendo los talones en la tierra.

Sigbjørn echó a correr tras él.

<sup>26</sup> Dos personajes del poema «Amaranth» de E. A. Robinson. Pink, un poeta sin talento, acaba por ahorcarse de una viga. Ya muerto, sin embargo, abre los ojos y responde cuando le preguntan si está vivo: *I am as dead as I shall ever be, / [...] and that's as near as a physician / Requires to know.*

<sup>27</sup> Esto procede del ensayo de Freud *El chiste y su relación con lo inconsciente* (1922), donde figura como ejemplo del «humor patibulario».

Deja de parlotear, de encandilar con los mejores trajes de la ciudad, de dar lecciones de navegación mientras el barco se hunde.

W. H. AUDEN

Los dos hermanos iban pegados a la verja de la penitenciaría. El camino de grava conducía a la carretera principal que venía de Huntingdon. Empezaron a caminar cerro abajo, hacia la ciudad y el mundo, dejando atrás la prisión.

—¿Recuerdas la historia de John Lee, el hombre al que no pudieron ahorcar?<sup>1</sup> —preguntó Tor.

Pero Sigbjørn no estaba prestando atención y contemplaba la puesta de sol. Ya había olvidado su terrible conversación en el cerro del patíbulo. Por un momento, hasta se olvidó del *Thorsstein*. Volvía a amar la vida con la misma pasión con la que había amado el mar. Se estremeció incluso, sacudiéndose la oscuridad como un caballo intenta sacudirse el tufillo químico de una fábrica.

—Nos falta sol. ¡Estaría bien construir una casa de cristal!

—El sol te marchitaría hasta dejarte hecho una cascarilla.

—¿Y qué somos, sino cascarillas a merced de la tormenta?<sup>2</sup>

—Prefiero la oscuridad.

—Dios es la tormenta.

Se rieron de su recíproco desdén sin alegría ni acritud, ni siquiera convicción. Habían llegado a la esquina de Chesterton

<sup>1</sup> John «Babbacombe» Lee, condenado a la horca en 1885 por el brutal asesinato de su empleadora. Le conmutaron la sentencia después de que la trampa del patíbulo fallara tres veces. Salió de la cárcel en 1907.

<sup>2</sup> Remite a Job, 21:18: «Como tamo que arrebató el torbellino».



Lane y Sidney Street, en cuya intersección los caminos apuntaban al norte, al sur, al este y al oeste. Mirando al norte, Sigbjørn dijo exultante:

—¿No sientes a veces el deseo de rotar, de romper con todo? ¿Nunca sientes en tu propio ser la redondez de la Tierra?

Tor se encendió un cigarrillo protegiendo la cerilla con la mano.

—Barney,<sup>3</sup> detesto esa energía tuya tan gratuita, ese júbilo... —contestó y, con el cigarrillo encendido, se desembarazó de la toga obedeciendo al mismo instinto que le llevaba a ponérsela en cuanto caía la noche, un instinto que en un estudiante de segundo año delataba un temor a la autoridad casi patológico; Sigbjørn hizo lo mismo; andando, andando, pasaban ya por delante del Magdalene College—. Pero te envidio el mar —continuó, y tocó las puntas de la verja—. ¡Sufrimiento tangible, muchacho! No obstante, si eres un fraude, ¿por qué te hiciste a la mar, de entrada? Quizá yo sea un fraude también, pero no tan de oro pel como tú.<sup>4</sup> Puede que sea un fantoche —y prendió una cerilla para su hermano resguardándola del viento—, sin embargo, tal vez como se ha sugerido, como le ocurrió a Telémaco con Mene-lao, me haya topado en ti con un archifantoche.

—¿Hay algo en lo que creas verdaderamente, Tor? Me lo pregunto a menudo.

—«Muéstrame a un hombre famélico. —Tor blandió su bastón; mientras recitaba, trazaba un jeroglífico en la acera con la virola—. Muéstrame al hombre famélico, no le presto atención. Muéstrame al hombre famélico a punto de morir, que cojo mis víveres y —añadió impetuosamente— ¡salto sobre él! ¡Sí, salto sobre él! —Agarró a Sigbjørn riendo—. Le embucho pan hasta el gaznate y le relleno ojos y orejas de patatas. —Empujó a su hermano contra la pared—. Le descerrajo los labios para embutir-

<sup>3</sup> Barney es el apodo que le dio Melville a su hijo Malcolm, que se suicidó en 1867 con solo dieciocho años.

<sup>4</sup> En el «Infierno» de Dante, canto XXIII, los hipócritas visten una deslumbrante capa de oro falso que es de plomo en su interior.

le más comida y le hundo los dientes para atiborrarlo mejor. La explicación: ¡lo que hay de divino en mí!»<sup>5</sup>

Sujetaba a Sigbjørn contra la pared con los brazos extendidos, mirándolo con una mezcla de malicia y terror.

—¿Qué quieres decir con todo eso? Quítame las manos de encima. Y deja de recitarme a ese filósofo émulo de Ripley.<sup>6</sup>

—Con todo eso no quiero decir nada —dijo Tor, soltándole con toda calma—. Pero al igual que Charles Fort, que no era ningún Ripley, sí quiero decir algo con el sinsentido espantoso de todo eso. O sea, eso es la ley de la oferta y la demanda. Así funciona. Estamos en el estado irremediable de una existencia sin referentes.

Siguieron caminando en silencio.

—No estoy de acuerdo en que no haya referentes. Hay una fuerza que conduce al bien y cuida de todas las cosas. *Ens a se extra et supra omne genus, necessarium, unum, infinite, perfectum, simplex, immutabile, immensum, eternum, intelligens.*<sup>7</sup> Ayer, sin ir más lejos, dijiste...

—Pero ahora digo que todo es accidente.

—Como observó el niño Julian Green en el mercado central de carne: *il y a beaucoup d'accidents ici.*<sup>8</sup> Hasta ahí, es admisible.

<sup>5</sup> La cita entrecomillada procede de *Lol*, obra del estadounidense Charles H. Fort (1834-1931), un investigador célebre por sus estudios sobre fenómenos anómalos como la combustión espontánea y por sus críticas a la rigidez de la ortodoxia científica.

<sup>6</sup> Robert Ripley (1890-1949), que firmaba una popular columna de prensa sobre hechos y datos curiosos, «Believe it or not». Sigbjørn, en definitiva, está llamando sensacionalista a Fort.

<sup>7</sup> Definición escolástica de la divinidad: «Ser por encima de todos los tipos, necesario, uno, infinito, perfecto, simple, inmutable, inmenso, eterno, inteligente». El filósofo William James la recoge en *Pragmatismo*, pero, según él, tal «finalidad intelectual» solo significa algo si se proyecta en los hechos. Sigbjørn debe conciliar ese escepticismo con el «poder para el bien».

<sup>8</sup> Julian, o Julien, Green (1900-1998), novelista nacido en París de padres estadounidenses. Escribió principalmente en francés. La anécdota la recoge Arnold Bennett en sus *Diarios* (1931). Sigbjørn compra en Oslo su *Leviatán*, como hizo el propio Lowry.

—El objetivo de quien busca la sabiduría es la conjunción de dos estragos. Uno, que no sabemos nada, y el otro, saber que no hay nada que saber.<sup>9</sup> ¿Qué aprendemos en este maldito lugar? Mentiras nada más.

—Puede que hayas aprendido lo que acabas de decir. Pero ¿no crees, a veces, que todo en el mundo es indicio de un conocimiento secreto, enterrado en algún sitio? Y sin embargo no encontramos profesores, o no estamos capacitados...

—Nada salido de la nada responde a eso.

—Pero si el otro día decías que...

—¡Cómo te habría odiado Voltaire!<sup>10</sup>

Iban gesticulando nerviosos con las manos entre un denso tráfico que les daba indicios en vano —ya que no era algo que ignoraban— de la soberbia espesura de las cosas en cualquier sitio, se encogían continuamente en sus togas al paso de supervisores imaginarios que en ningún caso harían sus rondas tan temprano, y deslizaban luminosamente sus blancas cabezas, encendiendo y volviendo a encender cigarrillos que no disfrutaban ni por su placer intrínseco ni porque estuvieran prohibidos. Desde la noche de los tiempos, millones de hombres como ellos habían recorrido gesticulando las estrechas calles de Cambridge. ¿Adónde iban? ¿De dónde venían? Para estas almas, por instruidas que fueran, era como si nunca hubiera existido la serena hermandad de los filósofos. Pues ¿acaso no es por intuición como se llega a la incomunicabilidad del conocimiento, el absoluto común de aquella? Lo que le habría parecido más extraño a un observador que hubiera tenido el privilegio de escuchar su conversación era que, como científicos aficionados cu-

<sup>9</sup> También esta frase está extraída de *Lo!* de Charles Fort: «Quien busca la sabiduría se aleja cada vez más de la estupidez solo para descubrir que está volviendo a ella. Para él, las creencias se disipan una tras otra: así que su objetivo es la conjunción de dos estragos. El primero, que no sabe nada; el segundo, saber que no hay nada que saber».

<sup>10</sup> Voltaire, azote de místicas, esoterismos y supersticiones, «odiaría» la mención a un conocimiento secreto.

yos cálculos les hubieran demostrado de pronto que caminaban a lo largo de una falla en la corteza terrestre a la cual cualquier tensión podía llevar a sobrepasar su límite de elasticidad, huían de un peligro que solo a ellos les parecía real. E igual de irreal y afectadas le parecerían a ese observador sus palabras, tanto más cuanto que, como pronto se verá, parte de esa afectación consistió siempre en que eran conscientes de su irrealidad. Pero la presunción más extraña de todas era... ¡suponer que el terremoto iba, efectivamente, a producirse!

Los dos hermanos cruzaron los *backs*<sup>11</sup> y llegaron a un puente. Allí todo estaba desierto y desolado, las chalanas recogidas en los cobertizos, y la corriente remolona, tapizada por una abundante capa de hojas caídas a la luz doliente de las farolas de gas. Se apoyaron en la barandilla, mirando en silencio el agua apagada y sigilosa, pero no tan muda de emoción que no llegara a devolverles desde las profundidades infinitas que se abrían a sus pies el titilar del reflejo del terror encapuchado<sup>12</sup> que eran sus propias figuras. Sigbjørn volvió a recordar sus acerbas noches en el mar. Y luego, las muchas noches en que había estado con Nina, asomados a un puente o apoyados en la barandilla de un paseo fluvial. Entonces el río pasaba impetuoso ante ellos, y se habían agarrado el uno al otro asaltados por el temor repentino de que esa curvatura de la Tierra sobre cuya faz iban a la deriva sus destinos los separara como a dos átomos que giraban: el río discurría ahora con una lentitud infinita y, sin embargo, a él se le antojaba que pertenecía al espíritu de aquel otro movimiento veloz que, a su vez, quizá formase parte de un único y gran movimiento exterior a ambos, a la suma de las cosas que corren como un arroyo. Agua que vaga hacia el mar a través de anchas marismas, una certidumbre deslumbrante que tantea prudente su camino, como un zarcillo que se separa de la viña, por el campo reseco y hostil de la filosofía: ¿qué podía ser, sino el alma?

Algo que fluye por el aire, que nada en el agua, que se mueve

<sup>11</sup> Los terrenos de la zona de colegios mayores que dan al río Cam.

<sup>12</sup> *Hooded terror*, un apelativo que se daba a las cobras en la India.

imperceptible de mente en mente...<sup>13</sup> ¡Y ellos mismos eran parte de esa corriente que desemboca en el mar!

Sigbjørn miró de reojo a su hermano, que de pronto soltó un gruñido. Estaba a punto de decir algo, sin embargo dudó. Parecía de verdad que Tor hubiera visto un fantasma. Puede que fuera el caso. Puede que hubiera visto el fantasma de los veranos muertos que siempre rondaban este paraje con sus tenebrosos recuerdos de chicas de blanco y azul, pero esa aflicción que flotaba en el aire no podía escapársele a nadie que pasara todo el año en Cambridge. Volvió a mirar a Tor, preguntándose si era el recuerdo del desastre lo que hacía que aún pareciera un hombre que está ante el infierno y no lo reconoce. No obstante, esta vez Sigbjørn le tocó un hombro. Los dos hermanos se irguieron y retomaron la marcha. Aceleraron el paso involuntariamente. Y entonces Sigbjørn hizo la pregunta que había estado evitando.

—Por cierto, ¿qué tal está Nina? ¿Cuidaste de ella en Londres?

—¡Ah, Nina!

—¿Por qué dices «¡ah, Nina!» en ese tono? ¿Cuidaste de ella en Londres?

Pasaban frente al escaparate de la tienda de música de Moore, donde había una pequeña exposición de manuscritos desplegados sobre un fondo de guitarras, violines y xilófonos. «¿Qué es la filosofía? El universo es una partitura», parecía decirles el escaparate al pasar.

—¡Nina está bien!

Dejaron atrás Bridge Street y la esquina con New Market Road, y siguieron recto por Sidney Street. Sigbjørn levantó la mirada, postergando cualquier emoción. Había hombres trabajando en un centenar de habitaciones iluminadas.

Entonces arriba se apaga una luz y un rostro juvenil enciende la oscuridad, con los mil ruidos de la ciudad vieja. ¿Qué hay

<sup>13</sup> La frase aparece en la obra de John Cowper Powys *The Meaning of Culture* (El significado de la cultura, 1930), que a su vez remite a una cita del *Tao Te king*. Powys se refiere precisamente a la cultura.

allí? Nada. Solo juventud, nacimiento, vida y muerte, ¡ah, las señoritas de Sidney Street!<sup>14</sup> ¿Iba a seguir por ese camino? No; no hay ningún secreto, ningún mensaje bajo la piedra para él, su deseo no va por ahí. Pero de pronto sabe que lo que quiere está en la habitación. ¿Está en ese revuelo que hay tras la estantería más que en el pasar las páginas mismas? ¿En el armario? ¿Dónde está? Imaginación. No: hay ahí alguna esencia, algún indicio de conocimiento secreto, algún código implícito en la especial negrura de la ocasión. «Algo hay ahí», piensa mientras se aleja de la ciudad y de la vida y la muerte, que le inquietará hasta sus últimos días. Y su cabeza se abandona a sus afanes.

—No está enamorada de ti, ¿verdad? —preguntó.

Tor estaba encendiéndose de nuevo el cigarrillo, cubriéndose con la mano, la cara iluminada por la llama, y parecía no oírle en ese momento. Siguieron caminando.

—Estar enamorado, no estarlo, estarlo y no estarlo a la vez, ¿qué significa todo eso? —dijo entonces—. Si de eso se trata, creo que todos estábamos medio colgados de ella. Recuerdo la noche de la fiesta en casa de Marmorstein;<sup>15</sup> al final estaba ella junto al piano y, pese a esa entereza de la que solías hablar, había algo tan roto en ella, además de... cómo expresarlo... absorbente... como si quisiera arrastrarte a su mundo... Yo ansiaba consolarla, pero «enamorado»... —Se rio—. ¡Todo ese mecanismo del amor!

—Por el amor de Dios —exclamó Sigbjørn—, Nina y yo queríamos intentarlo, ¿por qué tenías que interferir? ¿Por qué siempre tiene el mundo que inmiscuirse así en algo tan bonito?

—Yo no interferí.

—Lo has hecho de algún modo.

—No creo que una aflicción personal, las consideraciones personales... tengan la menor importancia cuando hay tantos...

—Nina usó esa frase en una carta que me escribó.

<sup>14</sup> «Las señoritas de Sidney Street» evocan *Las señoritas de Aviñón*, el cuadro de Picasso que presuntamente representa a cinco prostitutas cuyas formas angulosas fueron objeto de muchas burlas.

<sup>15</sup> Compañero de Lowry en Cambridge.

—Ninguno de nosotros creía que estuvieras hecho para ella. Tan vital, tan radiante ella, y tú con tu «mi alma mira al Polo», ese alma refinada que nunca ha mirado a ningún sitio más que a su interior, hacia ti mismo.

—Al fin y al cabo, tampoco te corresponde a ti interferir, aunque me odies. Dios santo, si supieras del dolor de mi corazón, de los negros presagios, de la esperanza perdida y vuelta a encontrar no sé cómo, justo a tiempo, y una esperanza...

—Que crea, de sus propios despojos, aquello que contempla —le interrumpió Tor tajantemente.<sup>16</sup>

—Una esperanza que tú no podías compartir, iba a decir: y la peregrinación que hicimos...

—¿Adónde?

—¿Adónde? Bueno... —El eco de Sigbjørn quedó colgado en el aire, impotente, y el viento se lo llevó como un copo de nieve sin propósito alguno pero, según los filósofos, con significado infinito—. Bueno, estábamos construyendo algo...

—Sí, sí —dijo Tor—, es cierto. Pero no tendría que haber hecho falta tanta lucha, una lucha contra falsas complicaciones, en pos de un objetivo irreal. Había en ella, insisto, un exceso de cordura muy arraigada, cordura como la de alguna comedia de Shakespeare. En fin, de teatralidad también vamos nosotros bien servidos, pero de un tipo más turbio.

—¿Qué quieres decir?

—En nuestras vidas y en nuestros actos. Y por tanto también en las influencias que se repiten en nuestras vidas. A nuestra percepción de la existencia le falta sensibilidad, y nuestra visión de los problemas espirituales es, en todo caso, tan crudamente externa que nuestras discrepancias son pura apariencia, puesto que no conseguimos evocar las verdades interiores del otro. Estudiamos filosofía, pero para las discusiones en que nos regodeamos es como si no existiera. Nos parecemos a los actores que interpretan una y otra vez un viejo drama malísi-

<sup>16</sup> Tor cita un verso del *Prometeo liberado* de Shelley: *To love and bear; to hope, till Hope creates / From its own wreck the thing it contemplates.*

mo hasta que las palabras ya no significan nada. Amamos y hablamos y gesticulamos de manera automática, y el espectáculo se está acabando, Barney. Está claro que esta triste representación está tocando a su fin.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que mientras estuve en Londres traté de liberar a Nina, aunque no pudiera liberarme a mí mismo. Traté de hacerle ver la decadencia que la rodeaba. Resumiendo, hice de su vida un manifiesto.

—¿Liberarla de qué?

—Pero ¿qué es lo que te preocupa, Barney? —El tono de Tor cambió de repente—. Por supuesto que todo el mundo sabía que Nina era de tu propiedad...

—Propiedad. ¿Qué quieres decir? En nuestra relación no había nada de eso. No había más que libertad.

—¡Libertad!

El enfado de los dos hermanos iba en aumento a medida que bajaban por Sidney Street. De pronto, el reloj de la iglesia redonda<sup>17</sup> dio las seis. Hora de apertura...<sup>18</sup>

En la ciudad vieja, seiscientas puertas se abrieron y se aseguraron.

Avivaron el paso, ahora caminaban tan deprisa que hablar resultaba imposible ya. Para evitar el tráfico congregado al pie de Market Hill, cruzaron la calzada hasta Peti-Curi, donde se mezclaron con el negro tropel de lugareños y estudiantes que avanzaban con la lentitud de un glaciar hacia la Plaza del Mercado.

La Plaza del Mercado en sí, a la que ahora salían, constituía una existencia aparte de realidad áspera y cruda cuyos pobladores obedecían sus propias leyes; algunos estudiantes presentes merodeaban con aire culpable entre los fuegos de nafta y el zum-

<sup>17</sup> La iglesia románica del Santo Sepulcro, del siglo XII y anexa al colegio mayor St. Johns, fue construida a imitación del templo homónimo de Jerusalén.

<sup>18</sup> La Ley de Defensa del Reino, de agosto de 1914 (tras la entrada del Reino Unido en la Primera Guerra Mundial), limitaba el horario de apertura de los bares. Estuvo vigente hasta 2005.



bido constante de los chorros de gas de los puestos de comida, y casi parecía que se debatieran nerviosamente por alcanzar este mundo objetivo en que tantos tratos se cerraban a cara de perro.

Los dos hombres cortaron por la izquierda para coger Bene't Street.

Se detuvieron en el hotel Bath,<sup>19</sup> «familiar y comercial», situado frente a la Friar House y a la Escuela de Arte, a las que sin duda era una alternativa tentadora. Allí, con el King's College y el St. Catharine's cerca, el Queen's justo detrás y el Corpus y el Pembroke<sup>20</sup> a tiro de piedra, la sombra de la vieja universidad parecía cernirse sobre ellos: bien podría ser una inmensa fábrica de conocimientos en la que ellos fueran humildes peones, temblando de noche en el patio en ropa interior, sin saber gran cosa de su maquinaria o su propósito.

Cruzaron el umbral de cobre, una acción semejante a entrar en la cabina de un barco, hacia el oscuro interior de la taberna.

Se adentraron despacio, como era habitual, buscando caras conocidas, aunque en esta su despedida de las buenas costumbres las buscaran para rehuirlas. Cosa harto difícil, ya que ahí, en un espacio abarrotado apenas veinte minutos después de la apertura, el disco de la vida sonaba ya a ritmo acelerado. Y las conversaciones de las diversas salas del bar que escudriñaban les llegaban como propulsadas por un ventilador eléctrico: «Y le dice Jock al pelanas este “sal corriendo” y él se echó a correr como una sabandija y se fue de rositas; le tiró a Jigger una botella de Worthington<sup>21</sup> y teníais que ver cómo corría el pelanas y se iba de rositas; corrió como una puta sabandija y se fue de rositas».

Echaron un vistazo a otra sala. ¡Los cómicos!<sup>22</sup>

<sup>19</sup> Al igual que la Friar House, se trata de una taberna. Esta se anunciaba con ese eslogan.

<sup>20</sup> Todos son colegios mayores fundados en los siglos XIV y XV.

<sup>21</sup> Una de las cervezas más antiguas de Inglaterra.

<sup>22</sup> *The Players*. Se refiere a la compañía del Festival Theatre, que por esos años representaba cerca de allí un teatro expresionista y de vanguardia en un escenario giratorio con ciclorama. Aquí estarían ensayando un pasaje de *Carrera contra*

«Todo es una carrera contra una sombra, carrera contra una sombra: apúntame, maldita sea, apúntame. —Tras un largo silencio llegó una voz, entre bastidores—: No encuentro la puta página: cuando digan sí, ya, telón rápido, luego, rápido: ¡así, puta! Y luego telón rápido, ¡asesino!»

En ese momento, Ginger, el camarero, se acercó a la puerta.

—Justamente iba a decirles que podían pasar al comedor si lo deseaban, pero esta gente se va ya.

En ese momento, el saloncito quedó vacío de golpe. Tor le comentó a Sigbjørn en voz baja:

—¿Cómo es posible que hasta gente que nos conoce se compadezca (compadecer, ¡vaya verbo!) por lo del *Thorstein*? Detesto verlos esforzarse. ¡Bueno, Ginger —exclamó cuando se hubo acomodado en una silla de mimbre—, hemos decidido que somos unos fracasados!

—Vaya, caballeros, hoy llegan tarde a la facultad —dijo el barman por encima del hombro, y añadió—: ¡Fracasados! Señor, señor, ¡no deben darse por vencidos, caballeros! —Y, dirigiéndose a Tor—: Hacía días que no le veía, señor Tarnmoor.<sup>23</sup> ¿Ha estado de vacaciones?

Tor se arrebujó en su toga y levantó dos dedos. Sigbjørn asintió.

—Whisky. Dos irlandeses, largos, por favor.

Llegaron las bebidas y Ginger se retiró a las sombras, sereno y contemplativo.

—Estás temblando —dijo Sigbjørn.

—Será por Dante.

—Dante.

Alzaron sus vasos.

—*In la sua voluntate è nostra pace.*<sup>24</sup>

---

*una sombra*, obra de Wilhelm von Scholz (dramaturgo alemán, nazi y fascinado con Goethe) sobre la rivalidad entre un autor y sus personajes. Durrell menciona esta pieza en *Panamá*.

<sup>23</sup> Tarnmoor, el apellido de los dos hermanos, es también el seudónimo con que Melville firmó *Las encantadas*.

<sup>24</sup> «En su voluntad está nuestra paz»; Dante, «Paraíso», III.85.

—Por las cuatro cosas por las que merece la pena sacrificarse: la verdad, la libertad, la justicia y la paz —brindó Tor.

Apuraron sus vasos, volvieron a pedir. Ahora reinaba la calma en la taberna. Pero del exterior llegaba el golpeteo de un bastón: durante un instante, alzaron la cabeza intentando sacudirse un indicio repentino de desastre inminente, misteriosamente reconocido por ambos, en el baqueteo de aquella contera; entonces los golpecillos cesaron, sugiriendo que el propietario del bastón se había detenido también en la puerta contigua, la del Eagle.

—No —dijo Tor, casi para sí mismo—, la verdad es que no me importaría hacerme a la mar. Casi siento esa... redondez, como tú dices. Esa leve redondez consciente de sí misma. ¿Tú qué eras, Barney, carbonero? ¿Qué significa eso?

—Prefiero no hablar de ello —contestó Sigbjørn.

—¿Por qué no?

—Bueno, ¿qué significa? Un trabajo infernal. Si el carbón está cerca del cuarto de calderas, puedes dar gracias a Dios por ello y por tener aire para respirar, aunque sea abrasador. A veces te toca trabajar solo, muy por debajo de la línea de flotación.

Dejó de hablar; su rostro estaba petrificado por el recuerdo, pues la decisión tácita por parte de ambos de evitar cualquier mención a Nina no hacía sino agravar la agonía incurable del mar. Pero Tor insistió:

—¡Ojos como anillos que perdieron sus piedras!<sup>25</sup> Carbonero, por Dios, qué bien encaja con Dante. No me digas que no hay un patrón común a todo. Los rácanos de su virtud,<sup>26</sup> que no eran tan buenos como para ganarse el cielo ni tan malos como para ir al infierno. Ni una cosa ni la otra. Pero es una idea terrorífica lo mires como lo mires. Así que eso es lo que anhelas, ¿no?,

<sup>25</sup> Alusión a la *Divina Comedia*: *Parcan l'occhiaie anella sanza gemme* («Purgatorio», XXIII.30).

<sup>26</sup> Vínculo que se pierde en la traducción: *carbonero* es *coal-trimmer* y, por otro lado, en la tradición literaria británica llaman *trimmers* a ciertas almas del «Purgatorio» de Dante (del verbo *trim*, «recortar») que «recortaban» sus obligaciones morales.

el fuego del inconsciente, que es también el vientre<sup>27</sup> —dijo con ironía—. Pues todas las cosas se componen de fuego, y al fuego han de volver.<sup>28</sup>

—Si el fuego no causara sufrimiento, ya habría consumido el mundo.

—¡Si el fuego no causara dolor!

Se produjo entre los dos un silencio en el que rompían las olas de su pensamiento.

—En Inglaterra, como en Noruega —dijo Tor—, el mar nunca está muy lejos. Y sin embargo no me he embarcado nunca. Siempre lo he deseado y nunca me he atrevido. Sí, a pesar de lo que haya podido decir. Cuando volviste de tu primera travesía, ¿no te decía la gente «hola, Barney, ¿cuándo vuelves a hacerte a la mar?» con la vaga esperanza, estarás de acuerdo, de que quizá los invitaras a acompañarte?

—Supongo que sí, ahora que lo pienso.

—¡Claro que sí! Hola, Barney. ¡Eh, hola! ¿Por qué no te pasas por casa a tomar algo, si te parece, entre océano y océano? Y luego... Oye: ¿no habría alguna posibilidad de que me llevaras contigo de travesía? Y cada vez más y más gente, y ahí me incluyo, quiere regresar a ese elemento (¡incluso si omites la parte del fuego!), más exploradores que no pueden explorar, pobres criaturas que solo quieren ir al infierno igualmente.

—¡Al *inferno*!

—¡Exacto! Un vasto ejército infortunado de vírgenes necias,<sup>29</sup> hambrientas de belleza, de amor, de vida sin más, voces que claman en la oscuridad pidiendo ayuda, bajando hasta allí; marineros que no saben navegar, fagoneros incapaces de avivar el fuego, comunistas que no son revolucionarios, que viven de

<sup>27</sup> Una identificación freudiana: abrazar el inconsciente es volver al vientre materno.

<sup>28</sup> De acuerdo con la idea de Heráclito de Éfeso.

<sup>29</sup> Alusión a la parábola de las diez vírgenes (Mateo, 25:1-13), donde se dice que debemos estar preparados para el Juicio Final porque no sabemos «el día ni la hora».

rentas, precipitándose al mar como cerdos.<sup>30</sup> Lo estoy viendo, y menudo cuadro componen.

—Dios los asista.

—Pero no lo hará, por supuesto que no. Por supuesto que no —repitió Tor—. Pues ¿acaso no están ya en proceso de arder, como la paja famosa de las Sagradas Escrituras,<sup>31</sup> junto con los demás capitalistas apestosos, entre los que me incluyo? No los verás arder, naturalmente: arden de forma invisible como, supongo, un cargamento en llamas. Pero es probable que, con un poco de suerte, puedas olerlos. A pesar de la negación última, es el cumplimiento de la antigua profecía.

—Me recuerda a los suicidios de Japón, saltando al volcán.<sup>32</sup>

—O a la caída de los esquiadores en el salto de Frognersaeteren.<sup>33</sup>

Hubo un momento de silencio, y luego Tor hizo una pregunta que evidentemente había estado urdiendo en ese intervalo.

—¿Alguna vez has oído a alguien hablar del idiota, el hombre o la mujer sin luces, ya sea rico o pobre, que ni entiende ni entenderá nunca la situación de la que se ha convertido en símbolo? Pero que no deja de ser el resultado de todas estas palabras y frases, de la producción completa de años de esfuerzo y dolor de otros, de las diferencias y oposiciones y mentiras y evasiones de otros, la persona de la que todos hablan...

Levantó la mirada al oír el golpeteo del vendedor de periódicos cojo en su camino desde la entrada del bar a la sala más alejada.

<sup>30</sup> Alusión a la historia del poseído por una «legión» de demonios (Marcos, 5:11-13). Jesús los expulsa y entran en los cerdos de una piara que, acto seguido, se despeñan en el mar.

<sup>31</sup> Alusión a Lucas, 3:17: Dios «limpiará su era, y recogerá el trigo en su granero, pero la paja la quemará en un fuego que nunca se apagará».

<sup>32</sup> El 12 de febrero de 1933, Kiyoko Matsumoto, un estudiante japonés de veintitún años, se suicidó saltando al cráter del monte Mihara, en la isla de Oshima. Así dio comienzo a una moda: ese mismo año siguieron su ejemplo 944 personas.

<sup>33</sup> El salto al que se refiere Tor no está en el *saeter* («alto pasto») de Frogner, sino algo más abajo, en la vecina Holmenkollen. Ambos lugares se hallan al oeste de Oslo.

—Pero a la que nunca ven —interrumpió Sigbjørn.

—Porque le da vergüenza que la vean.

—Y a la que nunca escuchan...

—Porque es idiota. Sí, el hombre del que habla la radio por la noche, mientras él va a lo suyo andando por la calle en una peregrinación muy distinta. Bebo a la salud de ese hombre. ¿Bebes tú a su salud?

—Faltaría más. Bebo.

—¡Muy bien, pues, bebe, no por el soldado desconocido, no por el guerrero desconocido,<sup>34</sup> sino por el ser humano desconocido!

Tor se puso en pie.

—Bebe en nombre de aquel que dijo «yo soy y seré». En nombre del Señor de los Ejércitos, el tetragrámaton: en nombre de los globos, las ruedas, las bestias misteriosas y los ángeles de la guarda. Y en el del gran príncipe Miguel. ¡Por el ser humano desconocido!<sup>35</sup>

—Por la cantidad desconocida.

El barman se colocó de pie tras ellos con semblante grave; pausadamente, desdobló el periódico vespertino y se lo tendió a Sigbjørn sin decir palabra.

Calle abajo, empezó a doblar la campana del Corpus: *doom, doom*, una boya de campana.<sup>36</sup> ¡Alerta, bajío! ¡Bajío!

Tor se inclinó para leer él también, por encima del hombro de Sigbjørn: «Cuarenta desaparecidos en terrible desastre ma-

<sup>34</sup> La tumba de un soldado anónimo de la Primera Guerra Mundial enterrado en la Abadía de Westminster.

<sup>35</sup> «Yo soy y seré» remite a Jah-Bul-On, el nombre perdido de Dios en el ritual masónico; el tetragrámaton («cuatro letras», en griego) representa el sagrado nombre de Dios que no debe pronunciarse (YHVY o Yahveh); los globos, las ruedas y las bestias misteriosas remiten a Ezequiel, I (la visión del carro) y el gran príncipe Miguel es el arcángel san Miguel. Todo el brindis está tomado de la excomunión de Spinoza en el ensayo *Anatomy of Negation*, de Edgar Saltus, un recorrido histórico por el pensamiento escéptico y heterodoxo en torno a la idea de Dios.

<sup>36</sup> Una boya con una campana que, con el vaivén de las olas, advierte de escollos o peligros.

rítmico. Nueva tragedia de la naviera Tarnmoor. El oficial de máquinas asegura que él no marcó el rumbo. Más navegación anómala, una ignorancia asombrosa o un error inexplicable, claves del misterio del *Brynjarr*, segundo mercante de la Hansen-Tarnmoor que se hunde en seis semanas. El desastre del *Thorstein* hace seis semanas...».

La campana paró y dejó un silencio cóncavo.

Los dos hermanos permanecieron callados, inmóviles, aparentemente paralizados de espanto. Un ruido ocupó entonces el silencio: estudiantes que tocaban los timbres de sus toscas bicicletas y pedaleaban ligeros por Bene't Street hacia sus respectivos colegios mayores para llegar a la cena. El silencio de la oscura ciudad se atestaba con el musical tintineo de sus timbres como se colma el bosque de cantos en primavera. Llegaban de Chesterton Lane, de Mill Road, de Bateman Street, de Peti-Curi. Ya habían pasado, como pasa el viento;<sup>37</sup> por un instante o dos, quedó un susurro sibilante como el de un pez espada al atravesar un banco de anchoas: luego, silencio sepulcral.

Volvieron a sonar las campanadas de la última llamada a la cena.

La imagen de una escena asaltó a Sigbjørn como un fogonazo. Leadenhall Street, Lloyds.<sup>38</sup> De pronto se vio allí, leyendo el tablón del telégrafo: noticias de tormentas en el mar, colisiones, incapacitaciones legales, varamientos, catástrofes. En la tarima, un empleado tañía la campana del barco del tesoro perdido, el *Lutine*. ¡Dos campanadas!<sup>39</sup> ¿Qué barco, qué barco...?

<sup>37</sup> Remite al Salmo 103:15-16: «El hombre, como la hierba son sus días; / florece como la flor del campo, / que pasó el viento por ella y pereció / y su lugar ya no la conocerá más».

<sup>38</sup> Lloyds, la compañía de seguros más importante de Inglaterra, que abrió una oficina en Leadenhall Street en 1928.

<sup>39</sup> La *Lutine* era una fragata francesa capturada por los británicos en 1793. Naufragó luego cerca de Holanda con un cargamento de oro que en su mayor parte no se pudo recuperar. En 1859 se consiguió recobrar su campana, que cuelga desde entonces en una sala de Lloyds y se tañe para anunciar la suerte de los barcos de los que se esperan noticias: dos veces si la nave está a salvo y una

La campana del Corpus Christi dejó de sonar.

—¿No deberíamos ir...?

—No —dijo Tor—. Es evidente que no podemos acudir al comedor.

El barman los acompañaba en su consternación con las manos extendidas en un gesto vacío: «¿Qué puedo hacer?».

Fuera, el golpeteo de un bastón en el callejón vecino era el único residuo del caos de sonidos precedente.

—Hay que telefonar a padre de inmediato.

—Dios mío —exclamó Sigbjørn.

El dueño del bastón, un vendedor de periódicos encorvado y de piel tostada, se asomó al bar a echar un vistazo: sostenía su báculo con el brazo estirado, de forma que la manga le caía muy por encima de la muñeca y dejaba ver varios tatuajes: una chica en bañador, una bandera, un crucifijo, una goleta a toda vela: exmarino.

A la cintura, a modo de delantal, llevaba el anuncio: NUEVA TRAGEDIA DE LA NAVIERA TARNMOOR.

—Solo quiero una pinta de cerveza —resolló el marinero.

El barman salió. Sigbjørn hizo ademán de marcharse, pero Tor seguía en pie, petrificado, con la mirada fija al frente. El marinero dio un golpecito con el bastón para llamar la atención de ambos hermanos y luego se lo llevó al hombro.

—Habéis oído el latón de mi vieja contera —dijo. Miró furtivamente la puerta, y luego de nuevo a ellos—. Leo la buena ventura, caballero —susurró.

Sigbjørn negó con la cabeza e hizo una seña a Tor para que le siguiera. Pero Tor, con la cara blanca como el papel, había extendido la mano al frente sin pensárselo. Sigbjørn sintió un escalofrío recorrerle la espalda mientras observaba. De repente, el marino dijo con voz ansiosa:

—Vas a emprender un largo viaje.

---

si se ha perdido. Lowry se confunde en esto: su intención es, sin duda, evocar la noticia de un naufragio.